

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DR

La Novela Semanal Cinematográfica



LA NOVELA
DE UNA NOCHE

POR
Constance Talmadge,
Ronald Colman, etc.

50 cts.

BIBLIOTECA

Los Grandes Films
DE
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE
Vía Layetana, 12 - BARCELONA - Teléf. 4423 A.

LA NOVELA DE UNA NOCHE

Finísima comedia americana,
interpretada por

Constance Talmadge, Ronald Colman,
Albert Gran y Jean Hersholt

Producción UNITED ARTISTS

EXCLUSIVA DE

LOS ARTISTAS ASOCIADOS

EDUARDO GURT
Rambla de Cataluña, 62
BARCELONA

Prohibida la reproducción.

Revisado
por la censura gubernativa.

LA NOVELA DE UNA NOCHE

Argumento de la película

Con la orgullosa gallardía del que está poseído de su valor, el magnífico vapor inglés "Gigantic", se deslizaba suavemente sobre las tranquilas aguas de la bahía de Southampton, hacia el lugar que tenía destinado para anclar.

El "Gigantic" hacia el viaje de América a Inglaterra y, esta vez, traía un cargamento veraniego de yanquis de primera clase, entre los que se encontraba el famoso millonario Samuel Adams, conocido por el nombre del "Rey de la sardina salada" y su hija Dorothy.

En el puerto aguardaban el momento de su-

bir a bordo del hermoso trasatlántico, una legión de periodistas y fotógrafos, ansiosos de entrevistarse con el millonario Adams y obtener algunas fotografías.

Tan pronto como quedó tendida la escala, que separaba el barco del muelle, se arrojaron los periodistas al interior del buque, corriendo de un lado para otro, buscando al célebre financiero, hasta que por fin, de uno de los camarotes salió la figura simpática y agradable del bondadoso comerciante.

Samuel Adams, al ver a los reporteros y conocer sus deseos, empezó a hacer aspavientos, renegando de la publicidad; pero los periodistas, que estaban en el secreto de que se moría por ella, no le dejaron tranquilo, hasta que obtuvieron los datos que necesitaban para su información.

Cuando por fin se vió libre de ellos, se dirigió a los fotógrafos diciéndoles:

—Mi hija Dorothy estará lista en seguida. Como todas las muchachas bonitas, tiene debilidad por que la prensa publique su retrato. Esperen un momento y podrán completar la información con su fotografía.

La debilidad más grande de Samuel Adams era su hija Dorothy, de quien, su extraordi-

nario cariño de padre, le hacía ser un simple juguete de sus caprichos.

La futura heredera del señor, jovencita de diez y nueve abriles, caprichosa y romántica, a quien los excesivos mimos de que se veía rodeada la tenían continuamente en un estado de excitación nerviosa tan grande, que alarmado su padre, por lo que creía verdadera enfermedad, la había traído a Europa, para hacerla reconocer por uno de los más famosos especialistas de Londres.

La extraordinaria belleza de la joven era el mayor orgullo de Samuel Adams, que la presentaba en todas partes con esa vanidad propia de padre amantísimo, que sabía el buen efecto que producía los encantos de su hija.

Por lo mismo, cuando vió salir a Dorothy completamente desfigurada con unas enormes gafas, sus rubios cabellos recogidos en un moño ridículo y vestida con un traje estrañísimo de "miss", quedó sorprendido ante aquella transformación de su hija, mientras que los reporteros fotográficos convenían entre sí, de que el señor Adams tenía que ser uno de los mejores padres del mundo, cuando se había atrevido llamar bonita a aquella mujer que era un verdadero espantapájaros.

Uno de ellos la enfocó con su máquina, a la vez que le decía burlonamente:

—¿Tendría usted la amabilidad de sonreírse? Hay semblantes a los que les va bien enseñar los dientes.

Sus compañeros se llevaron la mano a la boca, fingiendo que tosían, para disimular en lo posible la risa que les había causado las anteriores palabras y Dorothy, sin hacer caso de la ironía con que fueron pronunciadas y que ella no dejó de comprender, salió del barco cogida del brazo de su padre, que no podía explicarse el motivo por el que su hija se había disfrazado de aquella manera tan horrible.

Las gafas no le permitían ver apenas por donde andaba y, al llegar a tierra, dió un traspés tan enorme, que hubiera caído al suelo todo lo larga que era, de no haberla sostenido afortunadamente los robustos brazos de Pablo Menford, que le preguntó galantemente:

—¿Se ha hecho daño, señorita?

—No, muchas gracias; no ha sido más que el susto — respondió Dorothy, fijándose en el joven y diciéndose interiormente que aquel hombre tenía que ser extraordinariamente simpático.

En efecto, la simpatía era una de las cu-

alidades que más sobresalían en Pablo Menford, en cuyo rostro de facciones correctas y varoniles, se dibujaba una franca sonrisa de optimismo.

Hijo único de una aristocrática familia inglesa, había derrochado alegremente toda la inmensa fortuna que había heredado y sus últimos chelines acababa de invertirlos en flores, para ofrecerse a una artista que regresaba de América en el "Gigantic".

Al saltar esta a tierra, divisó a su antiguo amigo esperándola y corrió hacia él exclamando:

—¡Qué joya tan preciosa!

La actriz se refería, no a las flores, ni a Pablo, sino al pendentif que Dorothy había dejado inconscientemente en un botón de la americana de Menford, cuando éste la sostuvo para que no cayera al suelo.

Adivinó inmediatamente a quien pertenecía aquella alhaja, y corrió el joven hacia el coche donde habían subido el señor Adams y su hija, para entregársela a su propietaria.

Entretanto, Dorothy, se había quitado las gafas y suelta su preciosa melenita, cortada a la "garçone", lucía toda su espléndida belleza,

cuando llegó Pablo y agradablemente sorprendido por aquella transformación, le dijo:

—Señorita, creo que este pendentif, que he encontrado enganchado en uno de los botones de mi americana debe pertenecer a usted, indudablemente.

Agradeció ella, con una sonrisa, que expresaba toda la simpatía que le había inspirado, la amable devolución y Pablo se apeó del coche, una vez hecha la entrega, mientras que el señor Adams reprendía cariñosamente a su hija, por su extravagancia, diciéndole:

—Pero... ¡hija! ¡Hija de mi alma!

—¡Papá!... ¡Papaíto de mi corazón! — le atajó Dorothy nerviosa, para evitar la reconvenCIÓN de su padre. Pero éste, no obstante, continuó diciéndole:

—¿Cómo diablos se te ha ocurrido ponerte tan horrible?

—Lee este cablegrama, que he recibido de mi amiga María y tendrás la explicación de todo — repuso la joven, entregándole el despacho que decía:

“Dorothy Adams.

A bordo del “Gigantic”.

Feliz arribo a Inglaterra. Tu viaje no es un

secreto para nadie. Mucho ojo, porque todos los solteros de la ciudad estarán haciendo cálculos imaginarios con tus diez millones. Ni uno solo habrá que no sueñe con ser presentado a la más linda heredera de América.

Un abrazo de

Mary.

—Cuando los cazadores de dotes vean ese retrato mío en los periódicos huirán aterrados — continuó diciendo Dorothy—. Los hombres no me quieren a mí, sino a mi dinero... y estoy decidida a odiar a los hombres.

—Bueno, bueno, está bien — respondió su padre, procurando calmarla y riendo interiormente por aquella nueva ocurrencia de su hija.

Cuando Pablo volvió al lado de la artista, para entregarle las flores, ésta las rehusó desdenosamente, dándole a comprender, que no eran flores lo que precisamente deseaba ella, sino otro obsequio más positivo, que pudiera convertirse en metálico, en un momento dado. Pero él, como hemos dicho, había gastado sus últimos chelines en la compra de flores y no estaba dispuesto a quedarse con ellas. Esperó a que se pusiera en marcha el tren, que conducía a los viajeros desde Southampton a

Londres y cuando pasó el coche que ocupaba Dorothy, le arrojó el ramo, que la muchacha se apresuró a recoger.

Al día siguiente, todos los periódicos repro-



Cuando los cazadores de dotes vean ese retrato mío en los periódicos huirán aterrados.

ducían la fotografía de Dorothy, obtenida el día anterior, y daban cuenta de su llegada, en una extensa información que decía:

“Llega la heredera americana de diez millones de dólares”.

“La señorita Dorothy Adams, acompañada de su padre, el millonario americano Samuel Adams, llegó ayer a Londres, para confiarse a la dirección facultativa de un famoso especialista en afecciones nerviosas y del corazón. Permanecerán en Inglaterra varios meses.”

José Diamond, el banquero de Pablo Menford, cuya caja de caudales había sido hasta entonces la amistad más fiel y constante del joven aristócrata, se hallaba en su despacho leyendo nuevamente la anterior noticia, cuando entró su secretaria, presentándole para firmar una carta que decía:

“Querido Sr. Adams:

¿Por qué vive usted en la ciudad? En su ambiente antihigiénico no gana nada la salud de su hija, que necesita los aires puros del campo. Yo puedo ofrecerle una magnífica finca, Villa Menford, para cuya venta soy el único agente. Esta misma tarde pasaré a conocer su decisión.

Le saluda afectuosamente.

José Diamond.”

Recogió la secretaria la carta, una vez firmada, e iba a salir, cuando se volvió rápidamente y exclamó:

—Se me olvidaba decirle señor Diamond que el señor Menford espera en la antesala.

—Dígale que pase — le ordenó su principal, a la vez que quitaba de la mesa un mazo de puros, antes de que entrara su cliente.

Cuando éste se encontró dentro del despacho, le dió cuenta del objeto de su visita, diciéndole:

—Amigo mío, estoy sin un miserable cheín y vengo a que me preste usted mil libras.

—¿Mil libras? — exclamó asustado el banquero —. No le doy un penique más... a no ser que resulte algo positivo de mi carta a Samuel Adams, ofreciéndole la finca de usted.

—Pero, mientras tanto, ¿de qué quiere usted que viva? — le preguntó Pablo, insistiendo en su petición.

Diamond se creyó obligado a dar un consejo a su cliente y le dijo:

—Otro en su caso, en vez de esperar mansamente la ruina, ya habría buscado una muchacha elegante y rica con quien casarse.

—¿Por qué no me proporciona usted una, querido Diamond? — le propuso el joven.

—¡Hombre! Precisamente pensaba en ello, cuando leía la noticia de la llegada de la señorita Adams — y le entregó el periódico, donde estaba la fotografía de la joven.

Al ver aquel retrato, reconoció Pablo a la bella desconocida del barco y exclamó:

—No tengo inconveniente en casarme con ella.

—Si me garantiza usted el diez por ciento de los beneficios, es cosa hecha — le aseguró el banquero.

—No el diez por ciento, lo qué usted quiera, si consigue que esa joven sea mi esposa.

—Entonces... puede usted darse por casado desde este momento.

—¡Magnífico! — terminó diciendo Pablo —. Así me anticipará usted esas mil libras que acabo de pedirle.

Diamond, seguro ya de cobrarlas, sacó la cantidad pedida y se la entregó al joven, que en cuanto las tuvo en su poder se levantó diciendo:

—No puedo detenerme más tiempo, amigo Diamond. Mi tío el doctor Scott, ha salido

para Liverpool sin su maleta de mano y quiero enviársela en seguida.

Y más contento que un colegial en plenas vacaciones. Pablo Menford salió para casa de su tío, llevando en el bolsillo las mil libras y en su imaginación la preciosa imagen de la señorita Adams, cuyo agradable recuerdo no se apartaba de él, desde que la vió en el departamento del ferrocarril.

Entre tanto, Samuel había preguntado a varias personas del hotel, donde se hospedaba, por el mejor especialista en afecciones nerviosas y del corazón y todos habían convenido en el doctor Pablo Scott.

Con la actividad, propia de un buen americano, aquella misma tarde envió a uno de sus criados a casa del facultativo, con una tarjeta que decía:

"Doctor Pablo Scott.

Muy señor mío: Ruego a usted se sirva venir a ver a mi hija. Es un caso urgente.

Su affmo.,

Samuel Adams."

En el preciso momento en que Pablo Menford salía de casa de su tío con el maletín, llegó el criado de Samuel Adams y entregándole la tarjeta exclamó:

—¡Qué suerte, doctor, haber encontrado a usted! El señor Adams le aguarda con verdadera impaciencia.

El primer impulso de Pablo fué hacerle ver al criado el error en que estaba, al confundirlo con su tío, pero inmediatamente desistió de ello, pensando que, gracias a esta confusión, podría admirar nuevamente a la bella pasajera del "Gigantic". Por otro lado, la aventura no podía ser más atractiva, puesto que no corría el riesgo de ser reconocido, ni por el señor Adams, ni por su hija, ya que ninguno de los dos conocían personalmente al verdadero Scott y él podría pasar, sin dificultad alguna, por el célebre facultativo.

No lo pensó un momento más y poco después se presentaba en las habitaciones que ocupaba Dorothy, que al verlo no pudo disimular la alegría que le producía aquella visita y mucho más cuando se enteró de que era él precisamente el famoso especialista, encargado de su curación.

Menford, sin abandonar la seriedad que re-

quería su nueva profesión, empezó sus funciones de galeno, mientras que el señor Adams, decidido a comprar la finca que le había propuesto Diamond, hablaba por teléfono con éste, que le decía:

—Para usted, señor Adams, la operación será ventajosa por muchos conceptos: porque va a adquirirla en la mitad de su precio, y porque devolverá a su hija la salud.

Siguieron los dos hombres ultimando los detalles de la compra y en tanto, Pablo, en la habitación inmediata, seguía reconociendo a la enferma.

—Y bien, doctor; ¿qué le parece a usted mi pulso? — le preguntó la joven mirándolo de una forma capaz de derretir con su fuego al “iceberg” más grande del Polo Norte.

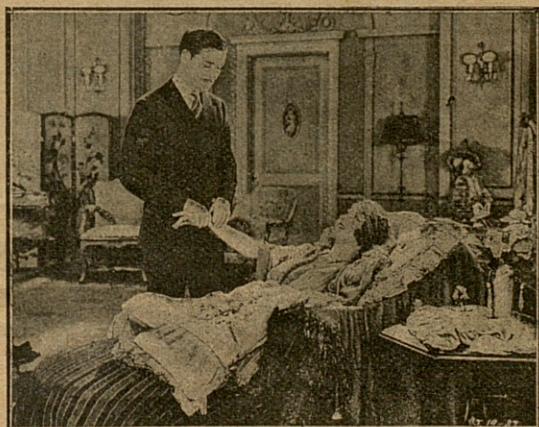
—Delicioso; sencillamente delicioso — contestó él, refiriéndose a la preciosa manita que tenía cogida.

Dorothy estaba decidida a que el reconocimiento fuese general y exclamó, avanzando hacia él el busto escultural de su cuerpo.

—Doctor, mi corazón golpea en este momento como un loco, ¿quiere usted oírlo?

El escote un poco exagerado que dejaba entrever la blancura nacarina de sus hombros

de raso, el cuello terso que parecía moldeado por un mágico turil y aquel rostro divino, le hicieron comprender a Pablo el peligro que corría su seriedad médica, si se acercaba de-



—Delicioso; sencillamente delicioso — contestó él, refiriéndose a la preciosa manita que tenía cogida.

masiado a la enferma y contestó:

—No me parece necesario señorita; pero si usted insiste... — y se dirigió hacia donde tenía el maletín, en vista de los gestos afirma-

tivos de la joven, que creyendo que se marchaba le preguntó asustada:

—Pero ¿se va usted a marchar, sin reconocerme?



—Doctor, mi corazón golpea en este momento como un loco, ¿quiere usted oírlo?

—No me marcho, no; es que voy a tomar el estetoscopio — respondió Pablo a la vez que abría el maletín, donde creía que su tío llevaría algunos instrumentos cirúrgicos. Pero, ¡oh desilusión! el maletín sólo contenía algu-

nas prendas interiores y el fingido doctor, cerrándolo inmediatamente, antes que pudiera darse cuenta, exclamó:

—Lo he pensado mejor, aplicaré el oído directamente.

Se acercó para auscultar a la joven, pero al sentirse tan cerca de ella y al percibir sobre su rostro el cálido perfume de su respiración, Pablo Menford, más que el corazón de la enferma, oía los latidos acelerados del suyo.

—¿Siente usted qué aprisa late? — le preguntó la joven. — Es exactamente el redoble de un tambor.

Con qué ganas hubiera él contestado: "señorita, aquí el único que padece en este momento del corazón soy yo"; pero se contuvo y dejando de auscultarla le dijo:

—Si usted cree, señorita, que yo entiendo un poco de corazones, permítame afirmar que el suyo es perfecto... ¡un verdadero encanto!

Aquellas palabras del "sabio doctor" animaron de tal forma a Dorothy, que cuando entró su padre la creyó presa de uno de sus frecuentes ataques nerviosos y le preguntó alarmado a Pablo:

—¿Le ha repetido el ataque, señor Scott?

—No, ha sido una ligera excitación nervio-

sa... y acaso por efecto sugestivo. Nada, en fin. Se calmará en seguida — repuso aquél tranquilizándolo.

En efecto, Dorothy se encontraba mejor que nunca y reconocía que aquel "doctor" era el mejor especialista del corazón. Había bastado una sola visita, para que desapareciesen todos sus sufrimientos y se encontrase, al lado de él, como en la gloria.

Se abrazó a su padre, saltando como una chiquilla y le dijo:

—Nada hay que temer. El pulso, delicioso; el corazón un encanto... ¡Oh, papaito, que feliz soy!

El pobre Samuel Adams no podía creer lo que veía; indudablemente aquel hombre era un abismo de ciencia; parecía mentira, que a la primera visita, hubiese devuelto a su hija la alegría y el buen humor, que desde tanto tiempo no veía en ella.

Mientras tanto, José Diamond no perdía el tiempo inútilmente. Después de la conversación telefónica que había sostenido con el señor Adams, comprendió que lo mejor era presentarse en su casa y de esa forma matar dos pájaros de una pedrada: firmarían el documento de la compra de la finca y empezaría sus

negociaciones, acerca de la boda de la futura heredera del millonario y de su cliente.

Las dos cosas le parecían sumamente fáciles; la primera estaba ya casi terminada y la segunda era de suponer, que aquella ridiculez de heredera no pondría el menor inconveniente, cuando viese que su prometido, no solamente era un descendiente de una de las familias más distinguidas de la buena sociedad londinense, sino que además se trataba de un muchacho simpático e inteligente, digno de tener mejor suerte, que la de casarse con una joven tan horriblemente fea, como rica.

Al entrar en el hotel que se hospedaba el señor Adams, tropezó con Pablo, que salía en aquel instante y exclamó, sorprendido:

—¡Caramba, amigo! Aquí el que no corre, vuela... ¿Viene usted ya de conocer a su futura? No olvide lo que hemos convenido. El diez por ciento, ¿eh?

Pablo llevaba demasiada alegría en el corazón, para detenerse a mezclar el amor que empezaba a sentir por la bella Dorothy, con el vil interés de que le hablaba su banquero y, sin hacer caso a sus palabras, subió al automóvil que le aguardaba, contando las horas y

hasta los minutos que faltaban para la visita del día siguiente.

**

Pablo Menford continuó visitando, en calidad de médico a la señorita Adams, y a las seis visitas la paciente estaba casi restablecida; era una nueva mujer.

Su padre estaba cada día más satisfecho del tratamiento del doctor Scott y muchas veces incluso le obligaba a cenar con ellos.

No obstante, entre los dos jóvenes no habían mediado más palabras que las de una buena amistad, a pesar de que sus miradas solían encontrarse con demasiada frecuencia, como si los ojos, más atrevidos que los labios, quisieran expresar, en su lenguaje mudo, lo que pasaba por el corazón de los dos enamorados.

Una de las noches que Pablo se quedó a cenar con ellos, hablaba animadamente con Dorothy, que le decía, señalándole a su padre, que hacía grandes esfuerzos para no dominarse.

—El vino le produce siempre sueño a papá. ¿No cree usted, doctor, que eso tiene que perjudicarle?

—Nada de eso — respondió Pablo, en su papel de médico. — Este sueño le facilita extraordinariamente la digestión.

Hasta ellos llegó la dulce melodía de un piano y Pablo le propuso:

—¿Por qué no toca usted un poco? Estoy seguro que debe usted hacerlo admirablemente.

No se hizo Dorothy repetir la petición por segunda vez y sentada frente al piano, sus dedos empezaron a recorrer, ágiles como traviesos diablillos, el blanco teclado.

Si el vino solo daba sopor, mezclado con la música hacía un preparado completamente narcótico, que dejó al señor Adams entregado por completo en brazos de Morfeo.

Pablo, influenciado por la música y por la presencia de la joven, se sentía transportado a las regiones ideales de su amor y ocurrió lo que tenía que ocurrir; que a Dorothy le impidió volver la hoja la mano del doctor, porque... aquello no tenía vuelta de hoja.

Fué tan inesperada esta acción, que la joven se levantó de su asiento y huyó a un rincón de la habitación, perseguida por Pablo, que intentaba estrecharla en sus brazos. Para defenderse, cogió un rosal que había plantado en una maceta y lo interpuso entre ella y él.

Pero cuando el amor pide la aproximación de los corazones, es inútil, no ya un rosal, si no hasta una valla de espinas, y el tiesto cayó



Para defenderse cogió un rosal que había plantado en una maceta y lo interpuso entre ella y él.

de sus manos, haciéndose amigos y despertando a su padre.

—¿Te ha gustado esa selección que acabo de tocar, papaíto? — le preguntó Dorothy, queriendo disimular su emoción.

—¡Inspiradísima! Sobre todo, ese efecto final de algo que se cae... ¡Qué vigor descriptivo! — respondió su padre, viendo los trozos del rosal y adivinando lo que había pasado, a la vez que se reía interiormente de la ingenuidad de su hija.

A la mañana siguiente, despertó a Pablo en su Villa Menford cierto asunto que casi tenía ya olvidado. Su banquero, José Diamond, se presentó diciéndole:

—El señor Adams ha comprado ya su finca.

—¿Y dónde voy a vivir yo? — le preguntó el joven, que sentía un verdadero pesar en abandonar aquella casa, donde había nacido.

—Eso es lo de menos — repuso el banquero. — Usted cobra, sale de ella, se casa con su hija y vuelve a entrar. ¡A ver si esto no es un negocio! Claro está que tendrá que buscarse una vivienda; pero eso es facilísimo para un soltero.

—Pero ¿usted cree que llegaré a casarme con la señorita Adams?

—¡Indudablemente! — exclamó Diamond, re-

cogiendo el contrato de la venta de la finca y diciéndole a la vez que salía:

—Aquí le dejo un papelito que me enviará a casa, cuando lo haya firmado.

Recogió Pablo el documento, que había dejado sobre la mesa y leyó su contenido que decía:

CONTRATO

“Entre Pablo Menford, que ha expresado su voluntad de casarse con la señorita Dorothy Adams, y José Diamond, que se obliga a realizar determinadas gestiones para hacer efectiva esa boda, queda estipulado por el presente que Pablo Menford abonará a José Diamond una suma equivalente al *diez por ciento* del numerario que la señorita Adams aporte al matrimonio...”

—¡Esto es una infamia! — exclamó Pablo indignado, sin terminar la lectura del documento, pensando que ni su amor por Dorothy, ni el de ella, merecían ser tratados como un simple valor cotizable en Bolsa. Si antes había consentido en ello, era porque su boda significaba la salvación de su fortuna; pero ahora,

que estaba loco, perdidamente enamorado de ella, no podía consentir que su amor fuera considerado como un negocio más para un mercancifile, sin alma ni corazón.

Próxima la noche, la bella cliente del doctor apócrifo se preparaba para otro tratamiento... de medicina espiritual. Esperaba la llegada del “doctor” y se había ataviado con sus mejores galas, con ese deseo que siente toda mujer enamorada de parecer aún más bella de lo que es a los ojos del hombre amado.

Había pasado la hora acostumbrada de la llegada de Pablo y Dorothy empezaba a impacientarse por su tardanza. Recorría la habitación de un lado a otro, presa de ese nerviosismo que produce una larga espera y mucho más cuando la cosa esperada ha de producirnos una sensación agradable.

Para calmar sus nervios, se sentó nuevamente ante su tocador y se estaba arreglando una vez más un ricillo travieso, que se empeñaba en escaparse de la diadema, que sujetaba los hilos de oro de su cabellera, cuando entró la doncella para entregarle una carta.

Reconoció en el sobre la letra del hombre amado y la abrió precipitadamente, para enterarse de su contenido que decía:

"Querida señorita Adams.

"He engañado a usted de una manera vergonzosa. Yo, ni me llamo Scott ni he sido médico en mi vida. No tengo, pues, derecho a que usted me distinga con su amistad.

"Nunca más verá usted a quien humilde-
mente le pide perdón.

Pablo."

Unicamente con su amor, podía compararse la desilusión que experimentó la enamorada muchacha, al leer aquella carta y cuando entró su padre y la vió arreglada de aquella forma, le preguntó:

—¿Vas de paseo o de fiesta con el doctor, nenita?

Dorothy no contestó, los sollozos ahogaban sus palabras y se arrojó a los brazos de su padre que exclamó:

—¡Qué es eso! ¡Otra vez el corazón?... No te preocupes. ¡Voy por el doctor Scott!

Trató ella de impedirlo, pero el Sr. Adams, que creía que la nerviosidad de su hija era causada por la tardanza de Pablo, salió decidido a buscarlo, diciéndole para tranquilizarla:

—Nada, nada. Es el único médico que te

ha entendido y vas a tenerlo aquí inmediata-
mente.

Cuando de nuevo quedó sola en su cuarto, Dorothy dió rienda suelta a su llanto, desahogando la inmensa pena que oprimía su pecho. En su corazoncito de niña mimada había arraigado aquel amor, el primero de su vida, con una fuerza tan imperiosa, que sintió derribarse en un segundo todo el castillo de felicidad que había forjado su mente de enamorada.

El sueño dorado, que durante varios días había acariciado, se desvanecía dejando al descubierto la triste realidad; había amado a un hombre indigno, a un hombre, que valiéndose de un nombre falso había logrado adueñarse de su corazón, para dejarla poco después abandonada a su desesperación.

A medida que recordaba los gestos y frases galantes de Pablo, mayor era su indignación contra él y en completo estado de nerviosidad se sentó en su lujoso secreter y escribió una carta a su padre, diciéndole:

"Mi adorado papá: Estoy tan nerviosa, que yo misma no puedo aguantarme. Lo único que apetezco es reposo y soledad. Voy a pasar la

noche en esa encantadora Villa Menford que tu bondad ha comprado para mí.

"Un beso muy fuerte de tu hijita

Dorothy."

Hecho esto salió de la habitación, dejando la carta en un sitio visible y se dirigió hacia la finca, que aquel mismo día le había regalado su padre.

Mientras tanto, Pablo, después de haber luchado durante todo el día con el recuerdo de la mujer adorada, buscaba el olvido, adormeciendo su cerebro con el alcohol.

*

**

La Villa Menford, dormida en la quietud del aislamiento y la nocturnidad, abrió aquella noche sus puertas a la inesperada visitante, que iba en busca de un poco de tranquilidad con que calmar la excitación de sus nervios.

En la casa quedaba todavía el viejo criado de Pablo y éste fué enseñándole todas las habitaciones, hasta que llegaron al dormitorio

que había ocupado el antiguo dueño. En uno de los testerlos del cuarto y sobre la mesa había un retrato de Pablo y la joven, al verlo, se llevó las manos al corazón para detener la celeridad de sus latidos, a la vez que preguntaba al mayordomo:

—¿Quién es el señor de esta fotografía?

—Es el señor Menford, el anterior propietario de esta finca, que no ha retirado todavía su equipaje — contestó el sirviente.

—Está usted seguro de que es el señor Menford? — volvió a preguntarle la joven.

—Segurísimo, señorita. Le he visto nacer y jamás me he separado de su lado.

—Está bien. Puede retirarse a descansar — terminó diciéndole la joven.

Y de nuevo, la figura simpática y atractiva de Pablo, vino a turbar el reposo que buscaba en aquel aislado retiro.

Fué hacia la mesa donde estaba la fotografía, la contempló un momento y la arrojó furiosa contra el suelo.

La tensión de sus nervios fué debilitándose poco a poco y, con el corazón destrozado por la desilusión, cayó al suelo anegada en llanto.

Una de sus manos chocó con el retrato de Pablo y obedeciendo a un impulso misterioso,

recogió la fotografía y la estrechó amorosamente contra su pecho.

A pesar de todo, comprendía que le amaba, que era su amor la ilusión más grande de su vida, la felicidad completa que tantas veces había soñado.

Si en aquel momento se hubiera presentado ante ella, la joven no hubiera dudado un momento en perdonarle su engaño y confiarle su corazón, con la misma ingenuidad que hasta entonces lo había hecho.

Volvió a mirar el retrato y, sin saber que fuerza misteriosa la impulsaba, se lo llevó a los labios y lo besó con infinita ternura, mientras que de su pecho salía un suspiro triste y melancólico, pronunciando el nombre adorado:

—¡Pablo!... ¡Pablo!...

Cuando pasada la media noche, todo había vuelto al reposo en la Villa adquirida por Samuel Adams, Pablo Menford, en completo estado de embriaguez, descendía de un taxi a la puerta de la casa, sin acordarse que ya no le pertenecía.

El fresco de la noche despejó un poco su cerebro y entonces recordó que aquel mismo día había vendido la finca.

Trató de llamar nuevamente al "chauf-

feur", pero en vista de que éste no le oía, pensó que los nuevos propietarios no habrían ocupado todavía la casa y que podría pasar aquella noche en ella.

Seguro de ello, se dirigió a su dormitorio y en la habitación, completamente cerrada, el whisky ingerido en una noche de orgía, parecía tomar mayor fuerza embriagadora.

Dorothy que, atormentada por sus tristes pensamientos, no había conseguido reconciliar el sueño, al ver que se abría la puerta de su dormitorio y entraba un hombre, sintió que el espanto paralizaba la marcha de su corazón y más aterrada quedó todavía, cuando reconoció a Pablo y lo sintió sentarse a los pies de la cama.

Este, sin embargo, no se apercibió de la presencia de la joven y continuó desnudándose tranquilamente. Se quitó un zapato y ya iba a descalzarse el segundo, cuando la eminencia del peligro, tradujóse en Dorothy en el grado más agudo del pánico. Saltó del lecho, ante la sorpresa de Pablo, que no sabía si atribuir aquello a los efectos del alcohol o era verdaderamente real la presencia de la joven, y huyó a la habitación inmediata, cerrando la puerta y colocando detrás de ella todas las

sillas y objetos que encontró a mano. Pero el dormitorio tenía más de una puerta y ello anuló todos los esfuerzos de Dorothy en la construcción de la barricada, puesto que Pablo, en vista de la imposibilidad de seguir a la joven, por la puerta que había salido, se dirigió por la otra a la habitación donde Dorothy trabajaba afanosamente en la construcción del parapeto.

Al verlo, pretendió ella huir, pero sus pies se enredaron en una cortina, que había desprendida y quedó sentada en medio de la sala. Pablo se acercó a ella y, sin intentar levantarla, quiso explicar su presencia diciendo:

—Mil perdones, señorita... No me acordaba de que había vendido mi casa... y el whisky me hizo irresponsable de mis actos...

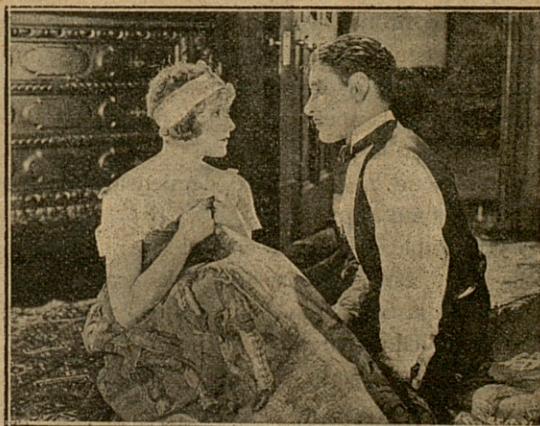
—¡Basta! — le atajó ella, sin dejarle terminar su explicación. — Es inútil que intente disculparse... ¡Lo que tiene usted que hacer es salir inmediatamente de esta casa, que es mía.

En vano imploró compasión la mirada de Pablo, y tuvo que salir humillado, ante la severidad imperturbable de Dorothy, que hizo la expulsión definitiva.

Llegó la nueva mañana y con ella otra no-

vedad introducida por el mayordomo. Este había visto a su antiguo señor y preparó en la terraza dos desayunos diciéndole a la joven.

—Señorita, sirvo el desayuno en la terraza, porque el señor le gusta comer aquí,



—Mil perdones, señorita... No me acordaba de que había vendido esta casa... y el whisky me hizo irresponsable de mis actos.

Dorothy se sintió avergonzada, ante la idea de lo que aquél hombre podría sospechar de ella y cuando, momentos después, se presentó Pablo le preguntó indignada:

—¿Cómo está usted todavía aquí?

—Lamento muy de veras no haber podido irme; pero yo anoche no era yo... y me quedé dormido en el vestíbulo. Pero no se preocupe, señorita. Partiré inmediatamente, y nadie sabrá que pasé aquí la noche.

—Por lo pronto, ya hay alguien más que lo sabe — repuso Dorothy dulcificando el tono y mostrándole los dos cubiertos que había preparado sobre la mesa. — ¡Qué pensará de mí su mayordomo!

—No tiene la costumbre de pensar y como callado, es un sepulcro.

Pero Pablo no había contado con la huéspeda y en este caso la huéspeda era precisamente un amigo suyo que de paso por aquel pueblo se había detenido un día para saludarle y que se presentó en aquel momento.

La situación era en extremo comprometida. A pesar de que explicase toda la verdad de lo ocurrido, la reputación de Dorothy quedaría siempre empañada por la duda y para evitar esto adoptó una enérgica resolución. Se adelantó hacia la joven y le presentó a su amigo, diciéndole:

—Dorothy... El señor es Juan Patchwood, mi mejor amigo — y luego le explicó a éste.

— Tú tienes derecho a conocer la verdad... Dorothy es la señora Menford, mi esposa.

—¡Mil felicidades! — exclamó el recién llegado, ofreciéndole la mano a Dorothy que en vez de aceptarla huyó al interior de la casa.



Pero Pablo no había contado con la huéspeda...

Esta acción, dejó tan sorprendido al visitante que le preguntó a su amigo:

—Pero, ¿por qué huye?

—No es que huye... Es que quiere ocultar

la emoción de su inmensa ventura — repuso Pablo. — Te advierto que esto es todavía un secreto. Ni su padre sabe que nos hemos casado.

A pesar de que Pablo había asegurado a Dorothy el silencio sepulcral de su mayordomo, éste no tardó en dar la noticia de la boda de su amo al cartero del pueblo, que exclamó entusiasmado:

— Yo divulgaré por el pueblo la dichosa nueva y verás como vienen a felicitarle!

Y sin atender a las llamadas del mayordomo, que intentaba disuadirlo de sus propósitos, corrió hacia el pueblo para reunir a los vecinos y venir con ellos a felicitar al señor Menford.

**

El tiempo que permaneció Dorothy sola, fué suficiente para aplacar sus nervios y terminó sonriendo a la idea de llegar a ser verdaderamente la señora Menford. Por esta razón, cuando se presentó Pablo, le dijo:

— Papá no tardará en venir y es obligación mía darle la noticia... por si hubiera que aplacarle.

— No es necesario, señorita; porque yo me marcho ahora mismo y así le evito toda explicación enojosa — repuso Pablo. Pero en aquel momento apareció el señor Adams, que al verlo exclamó, tendiéndole los brazos:

— ¡Mi querido doctor!

Entonces fué cuando se dió cuenta de la presencia de su hija, que se había echado sobre un sofá fingiendo un desmayo y preguntó alarmado:

— ¿Qué le ha sucedido a Dorothy?

— No se alarme — repuso el joven tranquilizándolo. — Su hija ha sufrido un pequeño accidente; pero ahora por fortuna, su sueño es normal y aun habrá de dormir algunas horas. No tiene usted necesidad de esperar, señor Adams.

— Sí que esperaré — contestó éste. — No tengo otra cosa que hacer en toda la mañana.

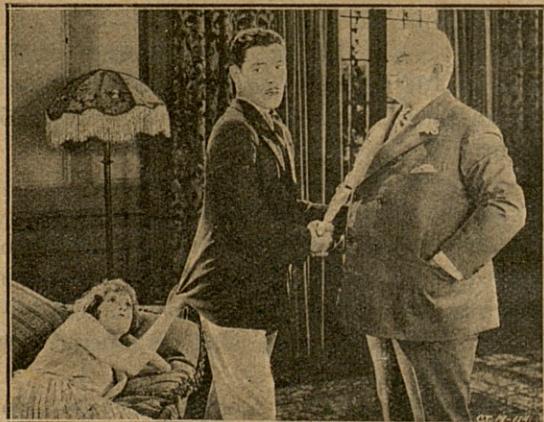
— Entonces, si va usted a quedarse aquí, yo me voy — terminó diciendo Pablo a la vez que le ofrecía la mano para despedirse.

Dorothy no estaba dispuesta a abandonar tan fácilmente la reconquista del hombre amado y lo retuvo por la americana, a la vez que exclamaba, fingiendo despertarse:

—¡Doctor, no se marche! — y fijándose en su padre se abrazó a él, diciéndole:

—¡Oh, papaito!... ¡Qué felicidad!

Un inmenso griterío llamó la atención de



Dorothy no estaba dispuesta a abandonar tan fácilmente la reconquista del hombre amado...

nuestros tres personajes y se oyeron varias voces que gritaban desde la calle:

—¡Señor Pablo!... ¡Que salga el señor Pablo!...

—¡Debe ser a usted a quien llaman, doctor! — le dijo el señor Adams.

En efecto en aquel instante entró Juan Patchwood y confirmó las palabras del millonario, diciendo:

—Todos los aldeanos están a tus puertas. El pueblo entero viene a saludarte, Pablo.

Y mientras éste salía al balcón, para agradecer a sus convecinos aquella muestra de cariño, el señor Adams le decía a su hija:

—¿Ves como le aclaman? Bien te lo decía yo. Ese Scott es una lumbre médica.

—¡La novia!... ¡Que salga la novia! — continuaron gritando desde afuera y al ver salir al millonario volvieron a gritar:

—¡El viejo no!... ¡La novia!...

Pablo, jugándose el todo por el todo, cogió de la mano a Dorothy, que se dejó llevar, sin oponer la menor resistencia, y salió con ella al balcón, entre las aclamaciones de los aldeanos, que prorrumpieron en nuevas exclamaciones de entusiasmo, gritando:

—¡Vivan los novios!... ¡Vivan los recién casados!

—Pero ¿me quiere usted decir quienes son los recién casados? — le preguntó a Patch-

wood, el señor Adams, que no comprendía nada de lo que estaba pasando.

—¿No los ve usted, hombre de Dios? — repuso Juanito, señalando para Pablo y Dorothy.



—¡Mi hija casada! ... ¡Dios mío, qué felicidad!

—¡Suegro yo!... — exclamó entusiasmado Samuel Adams. — ¡Mi hija casada!... ¡Dios mío, qué felicidad!...

Y abrazando a una y otro los estrechó cariñosamente contra su pecho, diciéndoles:

—¡Oh, mis hijos!... ¡Mis hijos queridos!

Sucedió a la hora de comer al de cenar y a ésta la de acostarse... y los corazones de los esposos fueron pasando por una inquietud cada vez más honda.

Dorothy se había retirado ya a su habitación y su padre, en vista de que Pablo no demostraba deseos de levantarse de la mesa, le dijo:

—¿Has olvidado tu deber, hijo mío? Dorothy aguarda arriba.

Pablo estaba decidido a terminar con aquella embarazosa situación y exclamó:

—Aunque le sorprenda a usted la noticia, su hija y yo no estamos casados, señor Adams.

—¡Cosas del alcohol! — contestó éste riendo estrepitosamente. — Una copa más, y acabarás por decir que ni eres médico.

—Efectivamente — repuso éste. — Yo no entiendo ni una palabra de medicina.

Pero el señor Adams, a quien se le había subido a la cabeza, un poco más de lo corriente, el exceso que había hecho de la bebida, no hizo caso de las protestas del joven, sino que, cogiéndolo por un brazo, lo llevó a la habitación de Dorothy, diciéndole a ésta:

—Aquí tienes a tu esposo, nenita...

—¿Cómo se ha atrevido usted a seguir la farsa hasta este extremo? — le preguntó ella.

—Yo se lo expliqué todo, todo se lo dije; pero él no ha querido creerme — respondió Pablo. — Y después de todo, ¿qué mal habría si realmente nos casaremos? Correré a la ciudad, obtendré una licencia especial, y el vicario podrá casarnos en un periquete.

Dorothy, sentada frente a su tocador, oía sin protestar la proposición de Pablo, que recostado a los pies de la cama, iba hablándole del amor que le había inspirado.

De pronto, se fijó en un vaso de agua, que había sobre la mesilla de noche y sin sospechar que momentos antes Dorothy había vertido en él unos polvos soporíferos, para calmar los nervios, se lo bebió de un trago.

—¿Recuerda usted la primera vez que la ví, cuando desembarcó en Southampton? — continuó diciendo Pablo. — Aquel vestido, aquellas gafas, aquel gesto... ¡Qué caricatura, Dios mío!... Y a pesar de todo me gustó usted; pero luego volví a verla en su verdadera belleza... y entonces comencé a adorarla...

El narcótico empezaba a producir sus efectos y Pablo se quedó completamente dormido, sin poder oír a la joven que le decía:

—Si usted siente eso dígalo otra vez.

Esperó unos segundos, a que aquél repitiera sus protestas de amor, y en vista de su silencio volvió a insistir:



—Si usted siente eso dígalo otra vez.

—¡Oh, Pablo!... Si lo siente de verdad repítalo!

Angustiada por el prolongado silencio de Pablo, se volvió hacia él y pronto halló la explicación, al ver el vaso de agua vacío.

Durante unos momentos permaneció con-

templando amorosamente y luego lo despertó y le ayudó a trasladarse a otra habitación, mientras que Pablo, con el pensamiento fijo



Y le ayudó a trasladarse a otra habitación.

en la idea con que se había dormido, volvía a preguntarle:

—Qué, Dorothy... ¿Querrá usted casarse conmigo?

Mientras tanto, Adams y Juan Patchwood, que habían sostenido un amigable coloquio y hecho reiteradas ofrendas al dios Baco, se disponían a liberar sus cerebros del peso del alcohol.

Enlazados por el brazo, como dos buenos y antiguos camaradas, se dirigieron a sus respectivos dormitorios; pero al entrar Adams en el suyo, vió durmiendo a Pablo y volvió a despertarlo para decirle:

—¿Cómo no está usted en el cuarto de Dorothy?

—Ya le dije a usted que no estábamos casados, pero estoy decidido, si usted no se opone, a casarme mañana mismo.

Aun cuando Adams no creía nada de lo que le decía su yerno, no se encontró con fuerzas suficientes para entablar una discusión y se quedó profundamente dormido.

**

La falsa noticia del casamiento de Pablo con la rica heredera del millonario Adams había corrido como reguero de pólvora y no tardó en saberse en la capital.

En todos los círculos elegantes y demás lugares donde solía concurrir la buena sociedad londinense se comentaba esta boda repentina, sin llegar nadie a comprender cómo habían permanecido tanto tiempo ocultas aquellas relaciones.

Los cronistas de los grandes rotativos, ávidos siempre de noticias que comunicar a sus respectivos diarios, no desperdiciaron la ocasión de recoger una de tan extraordinario interés y la completaron con algunos datos imaginarios, que hacían la aventura mucho más romántica de lo que era en realidad.

La prensa de la mañana daba ya por efectuado el enlace de Dorothy y de Pablo, publicando en la primera página las fotografías de

los dos esposos y José Diamond, al leer aquella noticia, se apresuró a presentarse en Villa Menford, para recordarle a su cliente el compromiso contraído.

Se hallaban los dos jóvenes enamorados esperando impaciente la llegada del vicario, que ya había sido llamado, cuando se presentó un criado anunciando la visita del banquero.

—Despacha pronto, querido — le dijo Dorothy, despidiendo a su futuro esposo. — Acuérdate que el vicario vendrá a casarnos de un momento a otro y no hay tiempo que perder.

—Descuida — repuso Pablo. — Es un asunto que en dos minutos está resuelto.

Salió a la habitación inmediata, donde lo esperaba Diamond, que al verlo lo estrechó en sus brazos, exclamando:

—¡Le felicito a usted, señor millonario. He recibido un telegrama de mi Agencia de información y fíjese lo que dice.

Le entregó el telegrama, que Pablo no quiso coger, y ante la actitud de su joven cliente lo leyó él mismo.

El despacho que había recibido el banquero era conciso, pero no dejaba lugar a duda su texto, que decía:

"José Diamond. — Londres.

Información confidencial: Bienes de Dorothy Adams por herencia materna, tres millones de dólares. Es única heredera de su padre, Samuel Adams, que posee siete millones, la casa que habita en la Quinta Avenida de Nueva York, un yacht y cuatro automóviles.

Brad."

Cerró el telegrama y al ver el gesto de disgusto de su amigo, exclamó extrañado:

—Cualquiera diría que está usted contrariando conmigo... ¡Debía usted expresarme alegramente su gratitud y en vez de ello, ni siquiera contesta usted a mis preguntas!

En efecto, Pablo permanecía callado, temiendo que Dorothy oyera aquella conversación. Pero Diamond, hombre práctico, que no dejaba escapar ninguna ocasión para efectuar un negocio, continuó diciéndole, a la vez que le mostraba el contrato firmado por el joven, en el que se comprometía a abonarle el diez por ciento de la dote de su esposa.

—No olvide nuestro convenio. Me pertenece el diez por ciento de todo lo que aporte en dinero esa muchacha.

Como había supuesto Pablo, Dorothy había oido toda la conversación y sin poder contener su indignación, entró en la sala, donde hablaban los dos hombres y le dijo a su prometido:

—¿Cómo no has puesto ya en el arroyo a este cínico?

Pablo no contestó. Sabía que Diamond tenía en su poder la prueba que lo condenaba y dejó sin respuesta la pregunta de Dorothy, que volvió a decirle angustiada:

—¿Por qué callas? ¿Acaso es verdad lo que dice este hombre?... ¡Habla, te lo suplico!... ¡Dime que miente!

Entonces vió el contrato firmado por Pablo y exclamó indignada:

—¡Luego era verdad! ¡Es decir, que en esta boda buscaba un negocio la codicia!... ¡Es usted tan miserable como su amigo!... Pero desgraciadamente, para ustedes, no nos hemos casado... ¡ni nos casaremos!

Pablo sentía deseos de arrojarse a sus pies y confesarle toda la verdad. De decirle, que si él pensó eso, en un principio, era porque no la amaba, pero que ahora, cuando su vida lo era ella, que estaba dispuesto a sacrificarlo todo, con tal de no perder su amor.

Iba a seguir a la joven, que había salido de

la habitación, cuando se presentó un criado con los sombreros, diciéndoles:

—La señorita Dorothy me ha dicho que pedían ustedes los sombreros.

Para Diamond, aquello no era otra cosa que un negocio que no había podido realizarse y, sin comprender el amargo dolor de su amigo, le dijo bromeando:

—No se apure. Volverá usted en mi coche, amigo Menford... y le llevaré gratis.

Dorothy, oculta tras los visillos del balcón, veía con el corazón destrozado por su tremenda desilusión, cómo se alejaba Pablo, aquel hombre que por segunda vez le había hecho concebir la realización del sueño más feliz de su vida, cuando entró el vicario preguntándole:

—¿Es usted acaso, la venturosa criatura que va a contraer matrimonio?

Sonrió la joven melancólicamente, al oír la pregunta, comprendiendo como el Destino, siempre frívolo, se entretenía en jugar con su corazón.

*
**

Pasaron varios días sin que Dorothy volviese a saber nada de Pablo y la antigua paciente tuvo una nueva recaída.

A pesar de todo, el corazón de la joven seguía amando apasionadamente al hombre, que inconscientemente la hacía sufrir tanto y comprendía que únicamente a su lado podría encontrar la verdadera felicidad.

Su padre estaba seguro que la actual enfermedad de su hija, era ahora más bien moral que física y ni siquiera se tomó la molestia de consultar el caso con un facultativo, sino que únicamente procuraba distraerla todo lo posible. Pero Dorothy, pensando continuamente en el hombre adorado, permanecía la mayor parte del día encerrada en sus habitaciones de Villa Menford, rehusando todas las invitaciones que le hacía su padre.

Una noche, intentaba éste vencer la apatía de su hija, cuando se presentó un criado anunciando:

—El señor Menford desea ver a usted, señorita.

El corazón de la joven latió con más fuerza que nunca y contestó rápidamente:

—Que pase, Bautista; que pase aquí.



—*Sea como tú quieras. ¡Pero por lo que a mi toca, te juro que no volveré a mirarle a la cara.*

—*De ninguna manera!* — exclamó el señor Adams, haciéndole una seña al criado, para que cumpliera la orden de la joven.

—*Sí, papaito, que pase!* — le suplicó Do-

rothy acariciándolo, pero su padre se mostró insensible y volvió a decir:

—*He dicho que ese hombre, después de su comportamiento, no entra más en mi casa!*

—*Pero, papaito!* — le suplicó de nuevo Dorothy, arreando en sus caricias. — *¿No ves que le quiero con toda mi alma?*

—*Sea como tú quieras. ¡Pero por lo que a mi toca, te juro que no volveré a mirarle a la cara!* — terminó diciendo Samuel Adams, a la vez que salía de la habitación, para dejarla sola con su visitante.

Al encontrarse nuevamente los dos jóvenes, quedaron un momento en suspense, sin atreverse a decirse nada. Para una tercera persona, que no hubiera estado poseído de la emoción de ellos, no le hubiese sido difícil percibir el acelerado latir de aquellos dos corazones, que se idolatraban recíprocamente.

Por fin, Pablo, sacando una carta del bolsillo, se la entregó a Dorothy, diciéndole:

—*No sé cómo agradecer a usted esta generosa carta que me ha enviado.*

Sorprendida la joven por aquellas palabras recogió la carta y leyó:

“Querido Pablo:

Muy de veras siento haber despedido a usted tan rudamente y por ello le pido perdón.

He sabido que sale usted para París y me gustaría que viniese a decirme adiós. ¿Querrá usted complacerme?

Desde luego, estaré esta noche en casa.

Dorothy.”

—Yo no he escrito esto — exclamó Dorothy, devolviéndole la carta.

—¿Qué no la ha escrito usted? — preguntó extrañado Pablo. — Perdone, entonces, el engaño que ha motivado mi intrusión; pero, ya que vine, quisiera llevarme algo de mi propiedad. Tengo aquí todo mi equipaje. Si me lo permite voy a recogerlo.

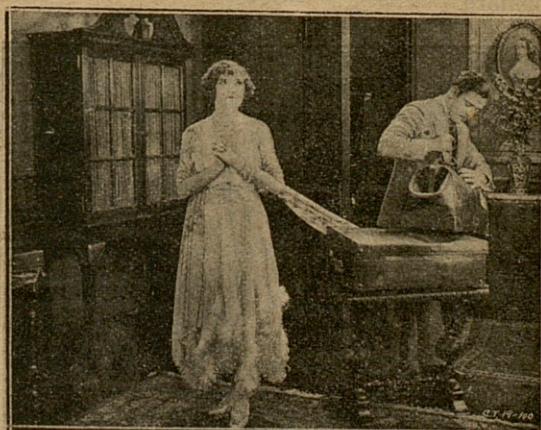
Y mientras él recogía toda la ropa, que había dejado en la que fué su casa, entró el señor Adams donde estaba su hija que le dijo:

—No comprendo quién ha podido tomar mi nombre, para escribirle a Pablo diciéndole que viniera.

—Fuí yo quien escribió esa carta, tontuela — le contestó su padre acariciándola. — Es-

taba seguro de que con ella te lo traería y mira si ha venido.

—Tu carta lo ha traído, es verdad; pero no lo retendrá aquí — repuso casi llorando su



...y puso en juego todas las coqueterías que posee una mujer...

hija —. Se marcha y ahora con todo el equipaje.

—No te apenes, verás como lo retenemos aquí.

Y entre padre e hija concertaron un plan, del que esperaban magníficos resultados.

Mientras su padre subía al piso superior, Dorothy entró a la habitación de Pablo y puso en juego todas las coqueterías que posee una mujer y que son armas invencibles para el hombre.



Dorothy intencionadamente puso su mano sobre la de Pablo.

—¿Me permite usted que le ayude? — le preguntó la joven, mirándolo de tal forma, que hizo que Pablo se cogiera un dedo, al cerrar la maleta.

No tuvo él valor para negarse a que le ayudara y aunque la aproximación de ella era una tortura, no tuvo más remedio que aceptar resignado el suplicio.

Mientras iban colocando la ropa, Dorothy, intencionadamente colocó su mano sobre la de Pablo, que, al percibir el suave roce de aquella manita, sintió un escalofrío por todo su cuerpo.

En aquel momento, le entraron deseos de estrecharla entre sus brazos y, sin reparar en las conveniencias sociales, besarla apasionadamente y decirle que la amaba con toda su alma. ¡Cuántas cosas le hubiera dicho en aquel instante! Pero se acordó del modo que había sido despedido por ella y pensando que jamás podría obtener su amor, separó la mano que tenía aprisionada y continuó cerrando la maleta.

Para Dorothy, no pasó desapercibido el primer impulso de Pablo y acercándose a él, de forma que casi rozaba su cara con la del joven, exclamó:

—Su coche se ha ido ya.

—Lo siento, pero me iré a pie a la estación... ¡Qué remedio! — contestó él, haciendo

un sobrehumano esfuerzo para no perder la serenidad.

—¿Entonces, está usted decidido a marcharse a París? — le preguntó Dorothy acercándose aún más a él.



—¿Entonces, está usted decidido a marcharse a París? — le preguntó Dorothy acercándose aún más a él.

Pablo, al sentir tan cerca el delicioso perfume de la mujer adorada, soltó las maletas y sus manos insensiblemente fueron a estrechar

aquella carita de muñeca, en la que unos ojos lo miraban con infinita ternura. Pudo, sin embargo, resistir este nuevo impulso y contestó:

—Pienso marcharme esta misma noche, y una vez arreglado mi equipaje, sólo me queda despedirme de usted.

Dorothy veía que, a pesar de sus esfuerzos por retenerlo, Pablo no cejaba en su empeño de marcharse y entonces, levantó la cortina del balcón y exclamó, señalando hacia afuera.

—¿Tendría usted valor de viajar en una noche como ésta?

—No esperaba yo esta llovizna — repuso Pablo, contrariado.

—¿Llovizna, dice usted? ¡Si es un verdadero diluvio!

En efecto, el agua caía torrencialmente y el ponerse en camino una noche como aquella era una verdadera locura. El plan de Adams empezaba a dar sus resultados y Pablo, sin saber qué partido tomar, recorría la habitación, de un extremo a otro, renegando de su suerte.

De pronto, volvió a mirar en el otro balcón y el diluvio que amenazaba inundar a la tierra, se había convertido en aquel lado de la casa, en una luna espléndida, que alumbraba

con su luz plateada toda la extensidad del campo.

Dorothy, advirtió el movimiento de extrañeza de Pablo y bajó rápidamente la cortina. Pero ya era tarde; aquel detalle había sido para él, la revelación de toda la verdad y con el alma henchida de gozo, se volvió hacia la joven, diciéndole:

—Parece una nube de tormenta... Llueve sólo a un lado de la casa.

Se acercó entonces a Dorothy y cogiéndole amorosamente las manos, le preguntó:

—¿Prefiere usted que continúe la lluvia?

—Desde luego, si ello lo retiene a usted aquí — repuso la joven, sin poderse contener por más tiempo.

En tanto, el buen Samuel Adams continuaba en el balcón del piso de arriba, con la manga del jardín, fingiendo la lluvia y esperando que su hija diera la señal de alto, a la vez que le decía al mayordomo:

—Lo que tiene que hacer un padre para casar a sus hijas... ¡Gracias a Dios que no me ha dado más que una.

Pasados los primeros instantes en que los dos enamorados querían decirse en un minuto todos los sufrimientos de varios días, Dorothy

se dió cuenta de que la lluvia no había cesado todavía y saliendo al balcón le gritó a su padre:

—La tempestad pasó, papaíto... ¡Ya brilla el arco iris!

Verdaderamente, para los dos enamorados había pasado aquella tormenta, que amenazó durante unos días con destruir su felicidad y Dorothy, en los brazos de Pablo, sonreía dichosa a la nueva aurora, que venía a alumbrar sus amores, despejando las negruras que por tanto tiempo embargaron su alma enamorada.

FIN

PRÓXIMO NÚMERO: La sugestiva novela

MONTE CARLO

Primorosamente interpretada por
Lew Cody, Gertrude Olmsted,
Sazu Pitts, etc.

Producción METRO GOLDWYN

Al éxito del último libro de las EDI-
CIONES ESPECIALES de

La Novela Semanal Cinematográfica

El coche número 13

Creación de la bellísima LILI DAMITA

seguirá, muy en breve, el de la maravi-
llosa narración de la versión cinemato-
gráfica de la obra cumbre de *V. Blasco
Íbáñez*,

MARE NOSTRUM

por Alice Terry y Antonio Moreno

¡SIN COMENTARIOS!

96 páginas

16 páginas de fotografías

Portada a colores

Precio especial: Ptas. 1'50

L. N.
S. C.

